



## 1. ¡Al cuerno la posmodernidad!

**T**ENGO la reconfortante sensación de asistir a los funerales de la posmodernidad. Nunca la quise. Derramar ahora una lágrima por su desaparición sería un acto hipócrita. La velocidad a la que transitan los falsos mitos tiene esa impagable ventaja, que no da tiempo a encariñarse con ellos. Lo dicho. No me gustó la posmodernidad.

La llamada posmodernidad —porque qué sería de verdad lo ignoran incluso la mayor parte de los sabihondos acharolados posmodernos— nos inundó de cansinas repeticiones de relatos sin historia, de muestras iluminadas de vaciedades supuestamente adorables, de manifestaciones que se decían artísticas sin pizca alguna de lo que uno entendió siempre por arte, de modas inconcretas lujosas de inutilidad, de exaltaciones mediáticas y tecnológicas entregadas al más brillante postor; de todo ello y más nos llenó cumplidamente para dejarnos vacíos. Fue un ahogo mientras duró esto de la posmodernidad.

Al enterrar la posmodernidad, cuya única virtud apreciable quizás sea el haber hecho cola tras la modernidad, tengo para mí que sepulto un montón, anárquico y hasta un punto irreverente, de despojos de otras cosas válidas venidas en desgracia —los posmodernos las tildaron de «superadas»—, algo así como asistir al sepelio de una cultura rápidamente desgastada a fuerza de intentar modificarlo todo a golpe de envoltorio, sin haber llegado a transparentar ni esto del interior de cuanto tocaba con sus manos de ingenio leve o de guante blanco, que dirían los tópicos.

En el fondo —y de ahí mi falta de pena— sepultamos a una cultura mediocre, tan poca ella que, apenas nacida, ya es fenecida. Carecía de esencias para durar. Cualquiera de los movimientos y corrientes auténticamente cultos de antaño se mantenía por años, peinaba canas y hasta siglos. La posmodernidad fue un instante con vocación de Narciso. Y eso ha sido su perdición. La posmodernidad ha muerto. Viva el neobarroco, y que sea lo que Tiempo quiera.

L. U.